

## RESPETO

*1 de agosto de madrugada.-* Aquí comienza mi diario, no por gusto, sino por obligación. Como el lenguaje nunca ha sido mi asignatura preferida y, en mi opinión, mi profesora me tiene algo de manía, la suspendí quedándome pendiente para septiembre. Sin embargo, debo reconocer que en este caso la profesora se ha comportado correctamente al ponernos como trabajo escribir un diario en donde relatemos nuestras experiencias de verano. Nos dijo que a poco bien redactado que esté nos aprobaría. Esperemos que sea verdad.

Y, como soy muy obediente, aquí me encuentro en el coche, camino a Lisboa desde donde saldrá nuestro barco, escribiendo la primera página de mi diario.

¿Quizás debería empezar por presentarme? No creo que sea necesario, total, si el diario es mío yo ya sé quién soy. Pero, bueno, así, espero que quede más completo y la nota sea mayor.

Me llamo Lucía y tengo 12 años. En la foto adjunta se puede ver como soy, así, evito describirme.

En estos momentos, voy con mis padres a disfrutar de un crucero de 30 días por el atlántico. Me han dicho que el barco es genial, pudiendo disfrutar de todo tipo de comodidades. Confieso estar emocionada. Ahora son las cuatro de la madrugada y esperamos llegar a nuestro destino sobre las siete con tiempo suficiente para zarpar.

Voy a dormir un rato, me estoy cayendo de sueño. Creo que por hoy ya he escrito bastante.

*2 de agosto.-* El barco es fabuloso. Dispone de varias piscinas, de salas de fiestas. A la hora de comer se puede elegir entre una gran variedad de platos de diferentes países. Es todo genial.

*3 de agosto.-* Voy a tener que escribir algo más, si no me parece a mí que no llegó ni al aprobado. Pero es que no sé qué contar, aquí no suceden muchas cosas interesantes. Todo es muy agradable, pero nada más.

Bueno, sí: que he conocido a un chico la mar de curioso. No habla nada. Se pasa los días sentado, con las piernas cruzadas como los indios de la India, la espalda muy recta, los ojos cerrados, en silencio. Todavía no le he visto mover los labios en ninguna ocasión y tampoco le he visto que vaya a comer. Es un chico muy raro. Me tiene intrigada. A parte de él, el resto de la gente es de lo más normalita. No hay muchos chicos de mi edad, siendo lo que más abunda las parejas de enamorados o de recién casados, que todo el día están acaramelados.

*4 de agosto por la mañana.-* Me he enterado de que el chico silencioso se llama Jorge y es el socorrista del barco. ¡Vaya socorrista que se pasa todo el día dormido! Además, con lo delgado que está, tanto que da la impresión de que al menor soplo de aire se lo va a llevar el viento, dudo mucho que sea capaz de salvar a alguien que se esté ahogando. Esperemos que no suceda ninguna desgracia, porque como tenga que salvarlo él...

*Más tarde.-* Cada vez estoy más intrigada. Esta mañana, después de escribir en mi diario, fui como todos los días a la piscina a nadar un rato y de paso a cotillear qué hacía Jorge. Estuvo como siempre, sentado en silencio durante las dos primeras horas, pero de repente, se puso en pie de un salto y corrió a la

piscina más alejada. Yo, que no sabía a qué se debía semejante cambio de actitud, escruté, sin ver nada que llamase la atención, la piscina a la que se dirigía. Él, sin dudarlo, se tiró de cabeza y después de permanecer cosa de medio minuto bajo el agua, salió agarrando entre sus brazos a un niño de unos 7 años. Palabra que no entiendo cómo, desde la posición que se encontraba y con los ojos cerrados como los tenía, se dio cuenta de que el chico se estaba ahogando. ¡Pero si ni siquiera yo, que estaba más cerca de la piscina, había oído o visto nada!

Parece ser que hace bien su trabajo. Todo quedó en un susto para el niño, nada más. El chico es un poco imprudente y se metió en la piscina sin saber nadar. Si no hubiese sido por la rápida actuación del socorrista a estas horas todos estaríamos de luto.

Me gustaría conocer a Jorge pero no se me ocurre ninguna excusa con la que acercarme a él. ¿Qué le podría preguntar? Esta siempre ahí, callado, con los ojos cerrados, como si durmiera, pero lo sucedido esta mañana muestra que permanece continuamente atento. Tengo que pensar la forma de entablar amistad con él. Me tiene completamente intrigada.

*5 de agosto por la noche.-* Hoy me lo han presentado y de la forma más inesperada. Cuando íbamos a cenar, mi padre, en lugar de llevarnos a la mesa de costumbre, nos llevó a la mesa presidencial, donde el capitán agasaja a sus pasajeros de la mejor forma posible. Con nosotros cenaron: Jorge, el socorrista, al que apenas pude mirar a los ojos mientras me lo presentaban; Juan, periodista centrado fundamentalmente en temas religiosos y moralistas, si bien yo no lo conocía parece ser bastante famoso, capaz de mover masas con sus artículos; una pareja de recién casados y, por supuesto, nuestro anfitrión. En total, cenamos ocho personas.

Confieso que no me ha gustado nada el menú, formado básicamente por platos franceses. He quedado con hambre. La cena, sin embargo, ha sido interesante. La conversación la dirigió el periodista, hablando y hablando sin parar de cómo debe comportarse la gente. Parecía como si fuese conocedor de la única verdad y se considerase una especie de director espiritual de las masas.

- Nuestro mundo está en decadencia - decía -. No hay respeto por nada ni por nadie. Se han olvidado los mínimos valores. Los jóvenes carecen de moral - confieso que este comentario me hizo mucha gracia, pues él apenas llega a los 30 años -. Es necesario infundir nuevas ideas dentro de las escuelas de enseñanza, dónde la ética sea la fuerza motriz capaz de guiar las mentes más débiles. Enseñar a nuestros chicos a controlar sus instintos más bajos y a respetarse unos a otros. Respeto, esa es la base sobre la que construir los pilares de nuestra sociedad moderna. Respeto por las personas, por las cosas, por uno mismo.

¿Cómo poder describir la emoción que embargó a mi corazón mientras escuchaba sus palabras? Porque no eran sus palabras, sino el tono en el que las decía. Era su expresión, el brillo de sus ojos, la sonrisa en sus labios lo que confería a su discurso poder para penetrar en cada una de nuestras almas, embriagándolas con sus bellas palabras. Porque, al mirar a mí alrededor y ver las caras de emoción de los demás comensales, comprendí que semejante efecto no sólo me lo causaba a mí, sino a todo el mundo. Bueno, rectifico, uno de nosotros no parecía nada impresionado. Jorge, sentado a mi lado, permanecía en el estado de quietud en que siempre se encontraba. Parecía como si no estuviese escuchando, sumergido

en su propio mundo. Pero, supongo que me equivocaba, puesto que cuando Juan terminó de hablar pude oír brotar de sus labios:

- ¡Hipócrita!

O ¿quizás lo soñé? Porque si bien en mi mente resonó perfectamente esa palabra, mis ojos no vieron que su boca se moviera para pronunciar sonido alguno.

Cada vez me tiene más intrigada. No es una persona normal. Creo que muestra una apariencia de completa indiferencia ante todo lo que ocurre a su alrededor, pero su atención permanece continuamente alerta. Y, sin embargo, no se deja influir como nos dejamos influir los demás. Porque ahora que releo el discurso de Juan, no sé por qué me emocioné tanto al escucharlo. Estoy de acuerdo con él en que hay que respetar a los demás, pero nada más. Y, sin embargo, cuando lo pronunció se me aceleró el corazón. ¿Habrán personas con la capacidad de emocionar a los demás por su tono de voz? Si es así, tengo que tener cuidado, pues podría hacer cosas que no quisiera hacer.

*7 de agosto.*- Tengo hambre, ayer no he comido nada y temo que hoy tampoco comeré. Apenas si tengo fuerzas para escribir, pero creo que continuar con mi diario puede ser útil para aclarar los hechos en caso de que ninguno de nosotros continúe con vida. Si no fuera por Jorge, en quien me puedo apoyar, creo que ya me hubiese derrumbado.

Ayer por la mañana, mientras dormíamos, el barco naufragó. Mis recuerdos son completamente inconexos. Soy incapaz de saber qué ocurrió. Lo único que recuerdo es a mi madre despertándose bruscamente. Me obligó a vestirme con mucha rapidez y salimos corriendo de nuestro camarote. Recuerdo haber visto a mucha gente correr hacia todas partes para llegar a ningún lado, con las caras desencajadas por el pánico, y los ojos amedrentados por el horror. Luego una laguna mental. Vacío, soy incapaz de recordar nada más.

Lo siguiente que recuerdo es hallarme en este bote, dejándonos llevar por el mar, temiendo no ser rescatados. Según me han dicho el barco se hundió por completo. A parte del nuestro, se salvó mucha más gente. Al principio, íbamos todos juntos, pero el mal tiempo de la noche nos ha separado. En total, somos unas 25 personas, 15 mujeres y el resto hombres. Mis padres no están entre ellas. Tengo miedo les haya sucedido algo. De mis compañeros solo conozco a Jorge y a Juan. ¡Qué diferentes son! Mientras Jorge, permanece callado, sentado en un extremo del bote, conmigo a su lado, Juan se dedica a arengar a todos los demás animándoles, diciéndoles que hay que confiar en Dios y en el hombre y que pronto vendrán a rescatarnos.

¿Por qué estoy sentada al lado de Jorge? No lo sé. Cuando desperté, después de que me informarán de lo que había ocurrido, al verle en el fondo, sentado, tranquilo, con esa paz que le rodea, me resultó completamente natural acercarme a él. Para protegerse del sol, permanece todo el día debajo de un chubasquero - no es más que un plástico muy fino con una capucha -. Cuando me vio llegar, me pasó un brazo por encima de la cabeza protegiéndome así de una insolación. Ahora, permanezco en esa posición mientras escribo este diario. Él no se mueve. Esta en silencio. Por curiosidad, he acercado mi cabeza a su pecho y apenas si he conseguido oír los latidos de su corazón. Porque sé que está vivo, que sino...

He observado que tiene su propia cantimplora. La lancha dispone de un cubo, bastante grande para abastecernos a todos del agua necesaria para unos diez días, siempre y cuando se racione de forma razonada. Pero, por lo que he podido averiguar, Jorge, el primer día, extrajo su parte guardándola en la cantimplora. ¿No se fiará de los demás?

Tengo hambre. Voy a intentar dormir a ver si se me pasa.

*9 de agosto, por la mañana.*- Jorge es increíble. No sé qué me ha hecho pero gracias a él controlo bastante el hambre. El otro día, después de escribir en este diario, intenté dormirme para olvidar el hambre. Pero todo quedo en eso: en el intento. Empecé a dar vueltas de un lado a otro, sin poder conciliar el sueño. Supongo que le despertaría, porque abrió los ojos y después de mirarme durante un buen rato, como meditando algo muy importante, me susurró al oído:

- ¿Confías en mí?

Si bien la pregunta me sorprendió bastante, no sabiendo a qué se debía, mi respuesta lo hizo mucho más:

- Sí - le respondí, mirándole a los ojos.

Sin decir nada más, levantó su mano derecha y apoyando sus dedos en mi entrecejo, me durmió. Digo me durmió, porque desconozco lo que me hizo. Ayer estuve durmiendo todo el día, y he despertado en plena forma. Aunque sigo teniendo hambre, no ha aumentado. Además, al haber dormido tan bien, mis nervios están tranquilos, no como los de mis compañeros.

Cada vez el ambiente que se respira en el bote está más cargado. Siento el miedo en sus caras. Ya nos tendrían que haber rescatado. El tiempo pasa y no ocurre nada. El hambre poco a poco se va haciendo más intenso. Le voy a pedir a Jorge que me vuelva a hacer lo mismo que me hizo antes de ayer. Prefiero dormir. Si sigo despierta temo me contagien su histerismo. Además, tengo miedo. Cuando desperté, oí a uno comentar algo sobre una noticia en el periódico de un naufragio. Solo se salvaron dos: el resto se los habían comido. No sé cómo la gente puede hablar de esas cosas en esta situación. ¿Es que no se dan cuenta las atrocidades que comentan?

Juan sigue intentando dar ánimos a todos, aunque parece ir perdiendo fuerzas y ganas.

Si no fuera por el brazo de Jorge, que me da cobijo bajo su chubasquero, tendría mucho miedo. Con todo, le voy a pedir que me duerma otra vez.

*15 de agosto.*- ¡Es horrible! ¡La gente está loca! Me dan miedo, mucho miedo. Si escribo esto es para dejar constancia de los horrores que se están sucediendo.

Durante estos días he estado durmiendo plácidamente gracias a la *hipnosis* de Jorge. Es muy curioso pero mi hambre no va a más. Puedo controlarla. Pero el resto de mis compañeros no disfrutan de estos plácidos sueños y sus nervios y su hambre poco a poco ha ido creciendo, hasta el punto actual.

He estado escuchando murmullos toda la semana, pero nunca creí que hablaran de nosotros. Ayer, me despertó la voz de Juan, que nos pedía a todos le prestáramos atención. Habló de la siguiente manera:

- Creo que todos sois conscientes de la situación en la que nos encontramos. Llevamos siete días a la deriva, y parece que nadie tiene intención de venir a rescatarnos. Nuestra única esperanza es cruzarnos

con algún barco o llegar a tierra. Pero el hambre nos va devorando por dentro. Nuestro cuerpo necesita alimento. De continuar así, moriremos todos.

Aquí siguió un profundo silencio, como si tuviese miedo de continuar su discurso.

- Ya lo he hablado con la mayoría de vosotros - prosiguió -. Y sé que estáis de acuerdo. Por eso me atrevo a hacer una propuesta formal ante todos. Propongo lo siguiente: que cada día, por sorteo, a uno de nosotros le sea cortada una pierna con la que poder alimentarnos. De esta forma, en lugar de morir todos de aquí a poco tiempo, podremos mantenernos con vida, espero el suficiente tiempo para ser rescatados.

¿Cómo expresar el asco que sentí al escuchar semejante proposición? ¡Nos proponía convertirnos en caníbales! Él, que se las daba de moralista, que me había emocionado con sus bellas palabras el día que había hablado sobre el respeto. Y ¿así era cómo respetaba a los demás? ¿Comiéndoselos?

Quizás piense así porque yo no tengo tanta hambre como ellos, porque ninguno de ellos pareció negarse a tan diabólica propuesta.

- ¿Jesucristo no permaneció 30 días en el desierto sin comer? - preguntó Jorge en el momento en que parecía que Juan iba a dar por aceptada su proposición -. ¿Por qué no podemos aguantar nosotros otro tanto?

¿Cómo describir las miradas de odio de los demás pasajeros? No reconocía ninguna de las caras que me rodeaban. A alguna de ellas las había visto en el barco, sonrientes, relajadas, pero ahora... ahora, a mí alrededor solo veía caras extrañas, tensas, llenas de miedo, de hambre, de odio a aquel que les quitaba la comida de su boca. Sólo Jorge no había cambiado. Su imperturbable rostro permanecía tranquilo, sus ojos serenos, su boca firme, su cuerpo relajado.

- Bien, tienes razón, pero nosotros no somos el hijo de Dios - respondió Juan nervioso, temiendo, supongo, le negasen su propuesta -. Creo que lo mejor que podemos hacer es votar, y que todos nos sometamos a la mayoría.

Y así se hizo. Votamos: todos los votos estuvieron a favor excepto el de Jorge y el mío. Conclusión: todos los días se llevaría a cabo un sorteo para elegir el afortunado que perdería una pierna.

Jorge ni siquiera planteó la posibilidad de que quedáramos excluidos del sorteo. Ninguno de los dos teníamos intención de comer y por tanto sería justo que quedáramos fuera de tan diabólica lotería. Pero sabía que no nos iban a dejar permanecer al margen. Ya lo había dicho Juan: era una democracia impuesta por él, porque sabía que lo que él quería hacer era lo que saldría votado. Me pregunto si Juan sería tan democrático si la votación hubiese ido en su contra.

El sorteo se llevó a cabo. Le tocó a un chico joven recién casado de 27 años. Juan, ataviado con un cuchillo de cocina, se dirigió a él con una ligera sonrisa en sus labios. Lo último que recuerdo antes de desmayarme fueron sus gritos de dolor mientras sentía cómo el filo penetraba en su carne.

Esta mañana cuando me he despertado ya habían celebrado el segundo sorteo. En esta ocasión le ha tocado a una chica. El joven de ayer se encuentra muy mal debido a la fiebre. No tengo tan claro que sobreviva, aunque me temo que mis compañeros de viaje no ven con malos ojos su fallecimiento. Se relamen ante la idea.

Si no fuera por el brazo de Jorge que me mantiene continuamente a su lado me encontraría hundida.

Mañana se celebrará otro sorteo. Espero no salir elegida.

*16 de agosto.*- Hoy también me he librado. Le ha tocado a una señora mayor. Cada vez me dan más asco mis compañeros. Da la impresión de que anhelan que llegue la mañana para poder continuar con su macabra diversión.

*17 de agosto.*- Tampoco me ha tocado. Si no fuera porque Jorge me duerme tendría los nervios destrozados. Es muy curioso que mi hambre no vaya a más.

*19 de agosto.*- Ayer no pude escribir en mi diario de lo nerviosa que estaba. Como todas las mañanas, me desperté un poco antes de que se celebrase el concurso. Con el corazón en un puño escuché el nombre del elegido: era el mío.

Al oírlo, estuve a punto de desmayarme. La sangre se agolpó en mi cabeza, incluso la podía respirar; el pulso se aceleró, mi cuerpo se echó a temblar. Jorge, al ver el estado de conmoción en que me encontraba, pasó su mano por debajo de mi cintura acercándose hacia él. Eso me reconfortó, si bien, como se puede imaginar, no me tranquilizó nada.

Los ojos de todos se habían vuelto hacia mí. Algunos incluso babeaban. Resultaba asqueroso ver cómo se relamían pensando... ¡Dios, no puedo escribirlo! Pero tengo que hacerlo. ¡Pensando - sí, porque eso era precisamente lo que iban a hacer - en comerme!!!!

Juan se acercó lentamente, como si disfrutará del momento. Al llegar junto a mí lado le pidió a Jorge me dejase libre para que me echara y así poder llevar a cabo la amputación. Jorge me soltó. Juan, ignorando el tembleque de todo mi cuerpo, se sentó a horcajadas sobre mi pierna y comenzó a palpar por el lugar por el que pretendía hacer la incisión. Casi vomito al sentir su mano sudorosa acariciar mi piel. Pero nadie me iba a ayudar. Todos estaban deseosos de que se llevase a cabo la operación con la máxima prontitud para saciar así sus estómagos vacíos. Cuando Juan alzó el cuchillo para asestar el primer tajo, Jorge le detuvo la mano.

Los ojos de Juan llamearon de rabia, al unísono con los de los demás pasajeros. Supongo que los demonios tienen que tener esos ojos. Y pensar que yo escuché con atención a este... moralista. Ante mí se manifestó su verdadera forma. El hambre mostró su verdadero rostro. Habían desaparecido sus suaves maneras, sus encantadores frases, su moral. ¿Dónde estaba su respeto por los demás?

- Déjame - le dijo Jorge tranquilamente -. Lo haré yo.

El que creía mi único amigo, el que creía me iba a salvar en el último momento, ¿quería ser mi verdugo? ¿Por qué? ¿Es que no se puede confiar en nadie? Literalmente se me cayó el alma al suelo cuando escuché sus palabras. Ya me daba lo mismo todo. En ese bote, nadie me quería. El peso de la soledad derrumbó mi espíritu. La cabeza, literalmente, empezó a darme vueltas.

Vi la sonrisa de satisfacción de Juan al entregarle el cuchillo a Jorge, vi como éste lo alzaba y vi como con un movimiento rápido doblaba sus rodillas acercándose a la pierna a amputar y soltaba un tajo certero. Es increíble la fuerza que tiene. Juan solía necesitar dar siete u ocho cortes antes de conseguir arrancar la pierna, pero a Jorge con uno solo le bastó. La pierna saltó con fuerza hacia el otro lado del bote. De la herida abierta comenzó a brotar sangre como lava procedente de un volcán. Juan cayó al suelo.

- ¡Maldito seas! - dijo Juan cuando entendió la situación -. A quien tenías que cortarle la pierna era a ella y no a mí.

- Como tú decías en una ocasión - respondió Jorge - el respeto es algo muy importante de lo que carecemos en la actualidad. Nosotros - mientras decía esto me agarraba del brazo para ayudarme a ponerme en pie - os hemos respetado, no compartiendo vuestra asquerosa comida. Ahora os toca a vosotros respetarnos, respetar nuestra decisión de permanecer al margen. Pero las palabras se las lleva el viento, los hechos no. Respetadnos, y nosotros os respetaremos.

¿Quién fue quien pronunció este discurso? Los rasgos de Jorge se habían endurecido, su mirada atravesaba a todo aquel que se pusiera en medio, su voz sonaba dura, tajante. No estaba pidiendo ser respetado, estaba amenazando, imponiendo respeto. Nadie se atrevió a decir nada, ni siquiera Juan, preocupado porque se estaba desangrando.

Todos, sin decir nada, saciaron como pudieron su hambre con la carne de Juan.

Desde ayer, Jorge permanece sentado como siempre. Ha recuperado su aire tranquilo. Su brazo permanece apoyado sobre mi hombro protegiéndome con el chubasquero del sol. Lo único que ha cambiado es el cuchillo que agarra con su mano derecha.

Anoche, cuando pensaban que estaba dormido, tres de los hombres que nos acompañan se levantaron con intención de atacarlo. Al instante, abrió sus ojos y abrasó sus espíritus con las llamas de su mirada. Todos le tienen miedo, si pudieran serían capaces de comérselo. Pero es fuerte, entre sus brazos no tengo nada que temer.

*21 de agosto.*- Gracias a Dios, todo ha acabado. Hemos sido rescatados. No puedo describir la mirada de terror del capitán del barco que nos ha salvado de nuestro infortunio, cuando vio el espectáculo que se mostró ante sus ojos: seis personas, medio muertas, con una de sus piernas amputadas.

Yo, me encuentro bien, un poco desnutrida, pero nada que con un poco de descanso no se pueda curar. Jorge, sin embargo, se encuentra perfectamente. No parece una persona real. Me han comunicado que mis padres también están a salvo. Me alegro mucho.

Ahora, sentada en la cama del hospital, recordando todo lo pasado, siento miedo. Pero siento miedo de ser como el resto de las personas. De mostrar una cara cuando todo va bien, y mostrar otra muy distinta cuando las cosas van mal. Quizás, si no hubiese sido por Jorge que me dormía, yo me hubiese comportado de la misma manera. Tengo miedo de carecer de moral, o tener una tan frágil que se derrumbe contra el primer contratiempo. Lo bueno es que estoy sobre aviso. El tiempo dirá cómo soy.

Autor: AMLP